

PALOMA BRAVO

Sin filtros

Diseño de colección: Estudio Sandra Dios

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © Paloma Bravo, 2023.

Autora representada por la Agencia Literaria Dos Passos

© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.)

Madrid, 2023

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.contraluzeditorial.es

ISBN: 978-84-18945-82-3

Depósito legal: M.20526-2023

Printed in Spain

A las mujeres de mi vida

Elena

«Quitarme el útero. Quitarme el útero... Joder, qué manía con quitarme el útero». Elena se enciende por dentro, enfadadísima, pero no dice nada, no en voz alta. Masculla, gruñe, todo en silencio. La ginecóloga lleva cinco años insistiendo en extirparle el útero y Elena no lo discute pero tampoco lo acepta. Se calla con una resistencia hosca, una oposición muda y casi agresiva. Se calla hasta la siguiente visita.

Hace años que se jubiló la especialista de cuya mano se hubiera dejado arrancar hasta los ojos y ahora, por pereza, pragmatismo y una inercia negligente, sigue yendo a revisión con esta otra médica empeñada en quitarle el útero, una doctora que le recomendaron de pasada y con la que nunca ha conectado del todo. Siempre sale de la consulta jurando que buscará una segunda opinión, que cambiará de ginecólogo, que esta visita es —ya, definitivamente— la última. Y luego, a las pocas horas, se olvida o se quiere olvidar, lo archiva y lo deja.

No tiene nada gravísimo. «Bueno, sí, un mioma que crece», se corrige. Tampoco es que esta ginecóloga le haya explicado bien qué es un mioma ni por qué impor-

ta que crezca. Solo le ha dado una cifra: «En el noventa y nueve por ciento de los casos no pasa nada. No es urgente, pero está creciendo mucho: hay que quitarlo y, ya puestos a quitar y en vista del tamaño que ha alcanzado el mioma, quitamos también el útero». Quizá es todo su culpa, se fustiga Elena; quizá no ha preguntado suficiente. Siempre hay decenas de mujeres esperando en la sala y Elena no quiere que la doctora pierda el tiempo con ella. Además, tiene la manía de empatizar y entiende que, desde el punto de vista económico, es más fácil vaciarlas a todas, ¿no? Sin útero, sin ovarios, sin mamas, el trabajo de la ginecóloga y sus colegas es un paseo: ni tumores ni sustos. Si detectaran alguna mancha peligrosa, estaría en el hígado o en el pulmón, en el órgano de otra especialidad, en un órgano ajeno a la Unidad de la Mujer.

—No seas cínica, Elena.

—No soy cínica. Soy cáustica.

Elena se sobresalta pensando que igual esas dos últimas frases sí se le han escapado en alto, pero no: la ginecóloga sigue a lo suyo, trabajando la persuasión con las mismas palabras de todos los años, dogmas medicalizados que considera incontestables y que, en efecto, Elena no contesta, aunque tampoco los digiere.

Los escucha y los rumia, sí, pero no los incorpora. De hecho, los escupe.

Y, luego, se distrae porque le hace gracia que, una y otra vez, desde hace cinco años, la ginecóloga repita siempre la misma frase cambiando únicamente esa cifra creciente que es su edad y su condena; y que, además, lo haga mirando rapidísimo la ficha, para calcularla con

precisión. «¿Precisión quirúrgica? No, precisión matemática». A Elena le gusta fijarse en estos detalles: en la ficha no pone su edad sino su fecha de nacimiento, y la doctora hace números, rauda y eficaz.

—Tienes cuarenta y nueve. ¿Vas a tener hijos ahora? No, ¿verdad? El útero ya no te sirve para nada, Elena. Te vacías y lista.

«Cuencos vacíos», piensa Elena. «Vasijas». Se imagina atravesando el hospital y deteniéndose en cada especialista: «Que el hepatólogo me quite el hígado; el neumólogo, los pulmones... Que me dejen hueca, huera, yerma...». Elena sonríe. Le inspira ternura su amor por los sinónimos, pero también se frena porque quiere salir de allí y olvidarse durante doce meses —hasta la próxima revisión— de que tiene útero, ovarios y mamas. Si pudiera olvidarse de que tiene corazón y cerebro... «Que me vacíen para que los tumores no tengan terreno fértil donde crecer, que me vacíen para que no me muera, que me vacíen y me maten, ya puestos...».

Elena está dramatizando. Se le acaba el seguro médico pagado por la empresa, y le preocupa. Si quisiera (o debería) quitarse el útero, podría ser su última oportunidad de hacerlo fácil, sin esperas, en una clínica privada, con habitación individual y cama para el acompañante. Así que este año, por fin, Elena protesta con timidez y una obstinada firmeza, usando la segunda persona del plural para que la doctora no se ofenda, para que conteste en nombre de todos los ginecólogos del mundo y no en el suyo propio:

—Hay una cosa que no entiendo... —empieza... prudente y sutil, hasta que se suelta—: ¿Por qué nunca men-

cionáis los efectos secundarios? He estado leyendo... La incontinencia fecal, por ejemplo. ¿Qué hago si en una reunión se me descontrola el intestino y se me sale la mierda? ¿Qué hago? Porque no voy a tener hijos, pero sí quiero tener vida...

La doctora no se inmuta.

—Sí, eso es un riesgo. Podríamos, si quieres, ser más conservadores y dejarte el cuello del útero. Así el intestino seguiría sujeto. Pero, ya que abrimos, vamos a quitarte también los ovarios; eso seguro. Están secos y tampoco te sirven ya más que para darte disgustos.

Elena se da cuenta de que toda resistencia es inútil: la médica inspecciona centenares de úteros cada semana (los inspecciona y, en cuanto puede, los extirpa) y el suyo, el útero de Elena, solo es especial para su dueña o, mejor dicho, su contenedora, su portadora, su víctima. Mejor volver a sonreír y callar.

—Vale, doctora.

—Llama en septiembre. Yo ahora estoy a tope hasta julio y son tres semanas de baja; no te las vas a coger en agosto...

—En septiembre no... No puedo irme de baja después de las vacaciones...

—¿Es tu empresa? No, ¿verdad? Pues, venga, en septiembre. Que yo habré vuelto fresquita y tus jefes tienen que aguantarse por ley...

«Sonreír y callar, sonreír y callar...». Elena se alecciona y contesta suave y sonriente, como si no tuviera cuarenta y nueve, sino diez. Los diez años de una niña educada y complaciente:

—Buen verano, doctora.

—Estamos en marzo.

—Ya...

Y, así, con su útero intacto, sale de la clínica y, por fin, llora. Lloro por un útero al que no ha visto nunca y que, la verdad, le importa una mierda. No le tiene cariño, pero sí respeto: le sujeta el intestino y también la tripa; además, sin útero la alcanzarán la menopausia, los sofocos, los cambios de humor, la barriga descolgada e indomesticable. ¿Y sin ovarios? Le saldrá pelo por todos lados, ¿no? Eso no lo ha googleado. Tampoco importa, no quiere más información.

Sin útero, será vieja.

★ ★ ★

Elena se apoya en el muro de la clínica. Tan moderna, tan bonita, tan arbolada... «Tan impersonal, tan fría, tan cruel... Me cago en todo, joder.» Hace unos meses, Elena habría dicho «Me cago en todo, coño», pero está intentando corregirse y no utilizar el lenguaje duro en su tradicional versión machista. Es una forma difícil —y seguramente inútil— de no contribuir al sexismo, de mantenerse alerta, de vigilar el mundo y de vigilarse a sí misma.

Está enfadada por haberse sentido vulnerable e impotente ante una médica que, seguramente, sabe de lo que habla y está de su lado. Por no haberse hecho entender, por no haber entendido. También por no saber cuidarse. Por no poder controlar ese cuerpo que se desgasta y

envejece, ese mioma que crece, esa tripa que se desborda. Está furiosa porque, además, se tiene que limpiar las lágrimas, maquillar el miedo, disfrazar la edad y armarse de eficiencia y encanto para una entrevista de trabajo en una empresa que le da miedo porque le interesa, le gusta y le apetece.

Pasó todos los filtros del proceso de selección, cada vez más enganchada y más ilusionada. Hoy, por fin, le toca ver al gran jefe. Tiene que parecerle entusiasta, digital, apasionada, inteligente, ejecutiva. Tiene que parecerle un gran fichaje, un fichaje irrenunciable.

Tiene que parecerle joven con su útero viejo e insertible, con sus patas de gallo y sus más de veinticinco años de experiencia. «Tengo que parecerle la hostia, así, sin más, mejor blasfema que sexista, joder ya...».

Así que Elena, apoyada en el muro, busca en el móvil su canción favorita, una canción punki y salvaje, una canción que escucha casi todas las semanas desde que, hace casi treinta años, se la empezó a poner antes de los exámenes, porque esa canción es su mejor versión: feroz, indomable, invencible. Con esa canción acabó la carrera, gustó, bailó, folló, amó, lloró, viajó, sedujo, rio. Con esa canción la vida no puede con ella porque la rabia la vuelve indestructible.

Elena es amable por fuera y, sin embargo, por dentro se gusta más con rabia porque la rabia le insufla energía. Se pone los cascos, le da al *play* y calcula el tiempo que necesita para llegar a la entrevista andando.

Elena camina a pasos rápidos, como si tuviera veinte años y un útero sin estrenar. Camina como si pudie-

ra cambiar el mundo, camina como si todo fuera posible.

Pero antes, justo antes, manda un mensaje a Ana: «Te llamo al salir. No te escondas».